

Pero primero que saliesen fuera
A descubrir los bárbaros avaros,
Hicieron un buen fuerte de madera,
Con bastiones, trincheas y reparos,
Pues á causa de ser gente guerrera
Pudieran los deseidos costar caros;
Y esto hecho salieron á buscarlos
Con copia de peones y caballos.

Salió Sorli, cacique conocido,
Con mucha gente bien apercebida;
El capitán Cordero que lo vido
A concierto de paces lo convida;
Sorli también acepta su partido,
Sin poner dilacion en su venida,
Y así con un mozo de bien ladino
Se dieron relacion de su desino.

Diciendo que en pasados desatinos
Los españoles no paraban mientes,
Antes serian mansos y beninos
Como no fuesen indios imprudentes,
Porque venian para ser vecinos,
Amigos verdaderos y parientes,
Y con determinados presupuestos
De no selles pesados ni molestos.

Los indios estuvieron muy atentos
Notando las pacíficas razones,
Y aunque fuesen contrarios sus intentos
Correspondieron á sus opiniones:
En efecto, volviéronse contentos
Y agasajados con algunos dones
De rescates que tienen por ganancia
Y no son cosas ellas de substancia.

Otros también vinieron de buen arte,
Con cantidad de indios de rebaño,
A ver nuestra bandera y estandarte
Usando de la paz mas de medio año,
Sin que la una ni la otra parte
Se desmandase ni hiciese daño;
Pero cosa no dan de su cosecha
Que con paga no sea satisfecha.

Y al tiempo de poner en astillero
El reconocimiento y obediencia,
En prisiones llevaron al Cordero
Por provision desta real audiencia;
Gran desavío fué, pero primero
Nombró por capitán en su tenencia
Un Cristóbal Fernandez de Sanabria,
Natural de las islas de Canaria.

Y viendo ser el general absente,
Teniendo por incierta su venida,
Huyóseles de noche mucha gente
Sin poder estorballes la salida;
Y así quedaron poco mas de veinte
No menos deseando la partida,
Pero púsose grande diligencia
En no les consentir hacer ausencia.

Mas como por don Lope se supiese
Que le llevaron preso su caudillo,
Envío luego para que lo fuese
A su hijo don Alonso Carrillo.
A ninguno pesó de que viniese,
Y el pueblo se holgo de recibirlo,
Porque todos estaban descontentos
Y no menos medrosos que hambrientos.

Padecíase miserable vida,
Pues cualquier indio se les desacata,
Y quien antes vendia la comida
Ya no la daba cara ni barata;
Andaba la vergüenza despedida,
El fiero presto, pronta la bravata,
Menosprecios aliende de los fieros,
Y aun mataron algunos compañeros.

Diéronle larga cuenta del aprieto,
Que fué de mas desgusto que se intima,
Y la dificultad de ver subyeto
A bárbaro que tanto los lastima;
Mas don Alonso como muy discreto
Y mozo valeroso los anima,
Pues para levantar á los caidos
Hirió desta manera sus oidos:

«Señores, la necesidad presente
Y el blanco donde va vuestro deseo,
No quiero consentir que se me cuente,
Pues por mis propios ojos yo lo veo,
Y sabe Dios lo que mi alma siente
Viendo tan pocos en tan buen empleo,
De donde me parece ser afrenta
El querer alijar sin ver tormenta.

»Y puesto caso que veais alguna,
No por eso tengais desconfianza:
Que cuando su furor mas importuna
Lo suele mitigar cristiano lanza,
Y nunca duró tanto la fortuna
Que no venga tras ella la bonanza;
Demás de que también hay parentesco
Que me envíe soldados de refresco.

»Entre tanto los que se sienten buenos
Estén á todas horas vigilantes,
Que no digo nosotros, pero menos,
Para se defender serán bastantes,
Aunque vengan aquestos campos llenos
De grandes estaturas de gigantes;
Pues para confundir bárbaro Marte
Está la voz de Dios de nuestra parte.

»Aquesta es la principal ayuda;
Y teniendo propicios sus favores,
¿Qué nos pueden hacer gente desnuda,
Que no quedemos siempre por mejores?
Ninguno de vosotros tenga duda
De ser en los encuentros vencedores;
Pues bien sabéis ser sus antiguos modos
Viendo caido uno huir todos.

»Y pues en el mayor inconveniente
Fuesteis tan valerosos y constantes,
Agravio me haceis si yo presente
No fuerdes todos lo que fuestes antes;
Pues yo no tengo de volver la frente,
Antes, adonde todos sois atlantes,
Sin ser el compañero que no nombro,
A vuestro peso suporné mi hombro.

»Cerca del galardón ternáse cuenta
Con aquellos que han permanecido,
Asegurándoles la mejor renta
De todo cuanto fuere repartido;
Pues este poco número sustenta
La tierra que los otros han perdido,
Y es razon que donde ella no fallece
Lleve buen galardón quien lo merece.

»Así que, pues el duelo padecido
Ha de ser olvidado con ganancia,
A todos amigablemente pido
Se perlicione la perseverancia;
Que para mejorar nuestro partido
En mi no faltará toda constancia,
Como después vereis por el efecto,
Con mas ventaja de lo que prometo.»

Dijo su voluntad, y los soldados
Que estaban en aquel ayuntamiento
Quedaron satisfechos y pagados
De ver aquel urbano cumplimiento,
Y por las mismas causas obligados
A no le dar jamás desabrimiento,
Y tan feroz la minima bandera
Como si se hallara muy entera.

Y así por muchos dellos se procura
Dejar algunas horas sus abrigos,
Con quien el don Alonso se aventura
A contrastar algunos enemigos,
Donde de su valor en guerra dura
Los unos y los otros son testigos;
Y también en el bélico teatro
Murieron de los suyos tres ó cuatro.

Mas ya ganando tierra, ya perdiendo,
No holgaban espadas ni paveses,
Cotidianamente recorriendo
Rancherías de indios y conveses;
Y en esta variedad que voy diciendo
Se gastarian tres ó cuatro meses,
Al cabo de los cuales el Cordero
Volvió libre y al cargo que primero.

Don Alonso holgó con su venida,
Y porque convenia que se parta,
En orden puso luego su partida
Para la ciudad de Santa Marta;
Y como por la falta de comida
La gente se hallaba no bien harta,
El Cordero quisiera salir fuera
A recoger maiz por la frontera.

Pero venia muy debilitado
A causa de continua calentura,
Y así para vivir le fué forzado
Irse donde pudiese hallar cura,
Quedando por caudillo señalado
Sanabria, que por tierra mal segura
Fué con los diez y ocho desta gente
A ver y ranchar aquella frente.

Aqueste capitán, sin advertencia
Las rozas y labranzas les estraga,
Aprovechándose con violencia
De lo que no quisieran dar sin paga;
Vase llegando su fatal sentencia
Que con acerbo golpe les amaga;
Y en cierto pueblo que llamaban Ancho
Quisieron una noche hacer rancho.

Donde dormian, vela tienen puesta
Y ronda de caballo con su lanza,
Mas á los miserables, ¿qué les presta
Velarse de tan aspera pujanza?
Fuéales la huida mas honesta
Que loca y atrevida confianza,
Porque gente terrible de pelea
Por todas cuatro partes los rodea.

La noche por igual peso partida,
Y al tiempo que la lumbre de Diana
Fué de aquel hemisferio retraida
(Seria por no ver sangre cristiana
Por mano de los bárbaros vertida),
Rodearon la gente castellana,
En el acometelles tan á punto,
Quel peligro y el miedo llegó junto.

Corre los campos anchos són horriendo,
Estiéndose la grita y el ruido;
Pero mayor la obra quel estruendo
Y mas grave la plaga quel gemido,
Vanse los españoles consumiendo,
Y es de contrarios número crecido
Y tan apresurada la rencilla,
Que falta buelgo para resistilla.

Bien como nave cuando le sacude
Por una y otra parte la refriga,
Que para tener término que ayude
No se le da lugar al que navega,
Antes cuanto mas agua mas acude
Hasta que la zozobran y se aniega,
Y aquella presurosa desventura
Fué la que les sirvió de sepultura:

Así fué huracán no menos ciego
Aqueste mal, y tan impetuoso,
Que para poder entablar el juego
Nunca se les dió punto de reposo;
Pues acudian unos y otros luego,
Sin cesar el estrago presuroso,
Hasta que todos en aquel combate
Ovieron triste fin y mal remate.

Y en aquellos nocturnos desconfiertos,
Comun fué para todos el engaño,
Porque vieron también pechos abiertos
Y rotos los que nunca rompen paño;
Pero fueron sus números de muertos
Muy pocos en razon del otro daño;
Y cuando sucedió la mala suerte
Ocho solos quedaban en el fuerte.

Los cuales como viesan la tardanza
Y no venir al tiempo prometido,
Adevinaron luego la matanza
Y que todos habían perecido;
Perdieron de vivir el esperanza
Y cada cual se tuvo por perdido:
Diez mujeres habia que con llantos
Mucho mas aumentaban los espantos.

Esperaban por horas el rebato
De parte de la gente monstruosa;
Y estando con el tímido recato
Con que suele vivir la sospechosa,
Llegó de las marinas el mulato
Que se dice Juan Perez de la Rosa,
Al cual agasajaron aunque solo,
No menos que si fuera dios Apolo.

Este, como no vió mejor portillo
Para poder salir del labirinto,
Hizo que se nombrase por caudillo
Un cierto portugués, Salvador Pinto,
Y de cuantos están en el castillo
Ninguno tuvo parecer distinto,
Sino que cada cual quedó contento
De se hacer en él el nombramiento.

Y para que mas bultos pareciesen,
Viendo cuan pocos eran, el Juan Perez
También aconsejó que se vistiesen
En hábitos de hombres las mujeres,
Y así se les mandó que lo hiciesen
Teniéndolos por buenos pareceres;
E ya cubiertas de viriles telas
Les dieron sus espadas y rodela.

Las cuales bien armadas, como vian
En trajes usurpados sus personas,
Tal furor les tomó, que presumian
De ser otras segundas Amazonas,
Y en la postura con que se movian
Todas eran Minervas ó Belonas,
Y el riesgo de los riesgos mas acedo
Abuyentaba femenino miedo.

Tenian un caballo los cristianos,
Para socorro deste su trabajo,
Manco de todos cuatro pies y manos,
Y los cuadriles hechos un andrajo;
Cubren con armas pues sus pelos canos
Para que les sirviese de espantajo,
Encima dél, no mas que para carga,
Un español con lanza y con adarga.

Estando cada cual apercebido
Certisimos del bárbaro bullicio,
Vieron venir un indio mal herido
De los quellos tenian de servicio;
Este dentro del fuerte recibido
Les dió de sus sospechas mas indicio,
Diciendo cómo grande compañía
Habia de venir siguiente día.

«Y para certidumbre, dijo, sea
Aviso, que vereis por la mañana
Un bárbaro con una bicotea
Y señales de paz, pero no sana,
Pues su venida es para que vea
Y cuente bien la gente castellana;
No le dejéis entrar, estése fuera,
Y aun si posible fuere luego muera.»

»Esto me fué notorio, porque yendo
A casa de Sorli para holgarme,
Oí las tramas y escapé huyendo,
Porque su voluntad era matarme;
Vinieronme con flechas persiguiendo,
Pero nunca pudieron alcanzarme,
Sino fué con los tiros, y Dios quiso
Darme la vida hasta dar aviso.»

Dados estos avisos á quien toca
Guardallos en peligros semejantes,
La vida del ladino fué muy poca
Por ser las mas heridas penetrantes:
El gran temor á vela los provoca,
Y así todos estaban vigilantes,
Hasta tanto quel sol dia siguiente
Los visitó con su dorada frente.

Miran, y ven venir por aquel llano
Al que enviaban para los acechos,
Y con las bicoteas en la mano
A los nuestros llevó pasos derechos;
Mas el Juan Perez viéndolo cercano
Con una bala le rompió los pechos;
Cayó luego con un terrible grito
Que oyeron los que vienen al conflicto.

Por estar ya cercanos á los muros,
Porque el muerto tomó la delantera
Con intenciones de hacer seguros
A los que tienen relacion entera,
Y usando la cautela de sus juros
Armalles so color de paz sincera,
Y los demás guiaban tras sus huellas
A repentinamente dar en ellos.

Pensando de hallar lugar abierto
Por do la fortaleza se destruya,
Mas no permitió Dios que tal concierto
Con daño de los nuestros se concluya,
Pues el falace bárbaro fué muerto
Y estotros no salieron con la suya;
Pero reconociendo ser sentidos
Descúbrense con grandes alaridos.

Y sale la caterva de salvajes
Con posturas feroces y galanas,
Las cabezas vestidas de plumajes,
Arcos, flechas, y dardos y macanas,
Saltos y brincos, gestos y visajes,
De que suelen usar gentes insanas:
Mas no van tan derechas sus derrotas
Que no tengan temor de las pelotas.

Con cuyo miedo tiemplan los insultos
Y para les entrar no hacen prueba
Sospechando segun vian los bultos
Habelles socorrido gente nueva
Y que tenían muchos mas ocultos
De aquellos do Sorli la vista ceba;
Descúbrense también por el cercado
Aquel caballo bien encubertado.

Un español, alzada la visera,
Encima dél, con armas bien cubierto,
No para confialle la carrera,
Pues demas de sus males era tuerto,
Y en meneo y en paso de manera
Que sin mas lo matar estaba muerto;
Pero con todo esto fué tan bueno,
Que sin lo tener él les puso freno.

Porque viendo blandir aquella lanza
Y en la cerca soldados mentirosos,
Sospechando tener mayor pujanza,
Han por bueno volver á sus reposos;
Y los que no tenían confianza
Quedaron por industria victoriosos;
Y al partir la canalla les decia:
«Por acá nos terneis á tercer dia».

Estando con temor desta tormenta,
Antes de ser los tres dias cumplidos
Volvió Cordero con soldados treinta
De todas armas bien apercebidos,
Dióseles á los indios larga cuenta,
Cerca de los que son recién venidos;
Y así vistas las nuevas municiones
No procedieron en sus intenciones.

A la gente con él recién venida
Como perder el tiempo les escuece,
Y demas de lo dicho la comida
Es tal que ni se asa ni se cuece,
Huyeron, y después de la huida,
Cordero se quedó con solos trece,
Con los cuales también quiso mudarse
Viendo que no podía sustentarse.

Porque le parecia ser mal seso
Permanecer en tales confusiones,
Como faltaba gente de buen peso
Que resistiese bárbaras naciones;
A Santa Marta fué, y estuvo preso,
Porque desamparó las poblaciones,
Pero dió sus descargos por escrito,
Y así disimularon el delito.

Don Lope tuvo vivos los aceros
Para hacer aquella gente blanda;
Y así convocó muchos compañeros
De que se hizo razonable banda;
Por capitán un Melchior Rieros
Que tuvo por acepta la demanda,
El cual entró también con los de España,
Y á los principios dióse buena maña.

Porque prendieron veinte principales
Y á todos los pusieron en cadena,
Entrellos á Sorli, que de los males
Pasados merecia mayor pena;
Estragaron sus casas y caudales
Procurando hacer la bolsa llena,
Y puestos en collera tantos cuellos
A la ciudad de Ancho van con ellos.

Repararon allí, por ser asiento
De cosas necesarias abundante,
Y porque si tuviesen rompimiento
Tuviesen lugar ancho y elegante;
Y es donde vió también su fin sangriento
Cristóbal de Sanabria y el restante,
Y allí venian indios desarmados
A ver á los que están aprisionados.

Y un dia segun tienen de costumbre
Entraron donde estaban con Rieros,
Con muestras de quieta mansedumbre,
Desarmados, alegres, placenteros;
Pero cargó tan grande muchedumbre
Que fatigó cristianos compañeros,
Y el mulato Juan Perez de la Rosa
Dijo: «No juzgo yo bien desta cosa».

«Señor Rieros, mucha gente carga;
Bueno será que nos salgamos fuera
Do tengamos compás de plaza larga,
Que gran zagalagarda nos espera,
Y será menester lanza y adarga
Antes que nos santigüen la mollera.»
El Rieros con ásperos vocablos
Respondió: «Los con todos los diablos».

«Que vos con vuestros miedos indiscretos,
Sin qué ni para qué tengais sospecha,
Quereis alborotar pechos quietos
A fin de quebrantar las paces hechas,
Viniendo todos ellos mansuetos
Sin macanas, sin arcos y sin flechas.»
Juan Perez de la Rosa quedó mudo,
Y salióse lo mas presto que pudo.

Poco después, un indio chimileño,
Entre la muchedumbre recogido,
Un palo recogió nada cimbreño
Por modo tan sagaz que no se vido;
Y en un instante con el grueso leño
A Rieros le dió tras el oido,
Con tal vigor que dió con él en tierra
Dando principio de sangrienta guerra.

Porque en el mismo punto cada uno
Eso que puede ver toma y apaña
Con que pudiese ser mas importuno
Y dar mejores cebos á su saña;
No queda indio uno ni ninguno
Que no dé gran calor á la cizaña,
Tiembla la tierra con los duros huellas;
Barren el suelo barbas y cabellos.

Vuelan sobrellos piedras y tizonas,
Echando mano de lo que se halla;
Andan los puntapiés y mojicones,
Suenan la grito y arde la batalla;
Crecen por las cabezas torondones,
No vale morrion ni presta malla;
Aqui se desmenuzan las rodellas,
Aqui derriban dientes y allí muelas.

Echan mano de cepas y raices;
Sácanse varas de las casas viejas;
Unos andan torcidas las cervices,
Otros destilan sangre de las cejas;
Los unos ahajadas las narices,
Los otros arrancadas las orejas;
Ningunos golpes hay que no segunden,
Y todos se revuelven y confunden.

Bien como cuando dos mozos livianos
Echan en plaza mano á las espadas,
Que los tíos, los primos, los hermanos,
Con piedras, palos y armas enastadas,
Acuden á meter allí las manos
Y sobre todos cargan cuchilladas
Y en la revolucion y desconcierto
Uno queda herido y otro muerto:

Así por no temer primer encuentro
Y en los principios ser mal avisados,
De los cristianos en aquel recuento
Y de los indios hay descalabrados,
Y los que se hallaron mas adentro
Aquesos fueron los peor librados,
Porque los otros como gente suelta
Señores de si son en la revuelta.

Echó mano Juan Perez el mulato
Diciendo con airado movimiento:
«Bien me temia yo deste rebato;
¡A ellos, que se van del aposento!»
Acuden todos, y en pequeño rato
Murieron de los indios mas de ciento;
Desampararon el pueblo los restantes,
Mas no todos tan sanos como antes.

Pues en retorno de sus malos hechos
No pocos llevan fieras cuchilladas:
Unos rompidos parte de los pechos,
Otros con las espaldas coloradas,
Otros iban torcidos y contrechos
Huyendo de las lanzas afiladas,
A causa del caballo que va encima
Y con pena de muerte los lastima.

Ejecutándose la misma pena,
Sin tener antes tales intenciones,
En aquellos que estaban en cadena
Y por quien fueron las revoluciones,
Porque la turbamulta tal ordena,
A fin de los librar de las prisiones;
Y aquello que tomaron por remedio
Fué causa de quitillos de por medio.

Entrando pues do fueron los ruidos
Dejando de seguir al fugitivo,
Hallaron veinte suyos mal heridos
Con el Rieros todavía vivo,
Aunque cuasi perdidos los sentidos
Para reconocer su mal motivo;
Mas él y los demás con los escesos
Molidas las entrañas y los huesos.

Y así de todos estos que lastaron
El impetu primero de la gente,
Los seis ó siete dellos escaparon
Y los demás murieron brevemente.
Yendo por el camino que llevaron
Al pueblo del Upar incontinentemente,
Porque les pareció ser desatino
Querer esperar otro remolino.

Aderezado pues cristiano bando,
En efecto se puso la partida
Por derecha derrota caminando
Hasta tanto que vieron la guarida;
Llegó vivo Rieros, y en llegando
Partió de los peligros desta vida,
En la ciudad llamada de los Reyes,
Con diligencias de cristianas leyes.

Esta, lectores, es la postrimera
Cosa que sé decir de Santa Marta,
De casos sucedidos en mi era
Y donde padecí congoja harta;
Y porque tengo larga la carrera
La misma Marta dice que me parta
A la solicitud de lo que resta,
Y la segunda parte será esta.

Segun primera traza, yo quisiera
Tractar también aqui de Cartagena,
Y por ser esta mas que la primera
Aquel orden que di se desordena:
Allí comenzaremos la tercera,
Y no creo será la menos llena,
Pues las cosas en ella sucedidas
No pueden ser en poco resumidas.

De hechos venideros soy exento,
Los cuales llevan fieras cuchilladas:
Otros habrá de muy mejor talento
Que hagan dellos general historia;
Y aunque la suya sea de momento,
No se terná la mia por escoria,
Por ser el fundamento de la casa,
Y aquella chapitel y aquesta basa.

También con gran instancia le suplico
A quien en Santa Marta residiere,
Que si deste principio que publico
En algun tiempo sus hazañas viere,
Y se sintiere con talento rico,
Sobrel asiento lo que mas oviere,
Y sea con tan pura y verdadera
Relacion como fué nuestra primera.

Pues sin fantasear vanos concetos,
Segun suelen cursados y novicios,
Aquellos indios son tan inquietos
Y tan acostumbrados á bullicios
Que le darán materias y subyetos
Para fabricar altos edificios,
Sin enjerilles fábulas inciertas
Que yo quiero llamallas obras muertas.

LAUS DEO.

Salid, historia fiel,
Compuesta de verdad pura,
Y donde vierdes laurel
Tened á muy gran ventura
Que os dejen llegar á él.
Convienete que lo adoreis,
Pero no que os coroneis
Con él, porque sois indina,
Aunque corona de encina
Yo sé que la mereceis.